

Sophia Loren. La «piazola»

Sophia Loren. The «piazola»

■ Juan Tejero*

■ Como otras muchas estrellas del cine, Sophia Loren encontró en su belleza el pasaporte a la fama, pero a diferencia de otras, también tuvo la lucidez suficiente para ver la otra cara de la moneda: su físico impactante que, sin duda, la puso en el camino del éxito, podía convertirse en un lastre para crecer como actriz. Sophia intuyó esa amenaza y la esquivó con fortuna, ayudada por un Pígalión, de profesión productor, llamado Carlo Ponti. Así, a lo largo de los años, evolucionó con inteligencia de la vulgaridad y el descaro más barriobajero a una sofisticación nada artificial. El resultado fue que a sus muchas virtudes carnales —una boca grande rematada por unos labios carnosos, unos pechos generosos, unas piernas rotundas— añadió un ingrediente definitivo: la clase.

Cabalga dos signos zodiacales: Virgo y Libra, puesto que nació el 20 de septiembre de 1934. No hay impetuosidad en ella, sino encanto, reserva, determinación, con un barniz de autoridad corregida por mucha ecuanimidad y, sobre todo, por una voluntad de hierro. Las virtudes que le han permitido ascender a la cumbre desde la nada y, proeza más notable todavía, mantenerse en ella a lo largo de una carrera extraordinaria.

Los comienzos fueron difíciles, puntuados por momentos de desaliento. Oriunda de Roma, fue trasplantada enseguida al suburbio más mísero de Nápoles, el de Pozzuoli, donde las acequias transportan regueros de residuos y lodos nauseabundos. Era hija natural de Ricardo Scicolone, un aparejador que tuvo dos hijas con Romilda Villani y vivió algunos años con ella. Luego se casó con otra mujer y murió en 1976. Fue un bebé debilucho, al que su madre no pudo amamantar. «En realidad yo hice a Sofia [entonces no se escribía con «ph»]: mi leche le dio las formas que la hicieron famosa», afirmó su nodriza años después.

* El autor fundó (1992) la revista Cinerama, que dirigió durante nueve años, y en 1998 T&B Editores (www.cinemitos.com/tbeditores/Paginas/home.asp). Desde la fundación de T&B compagina la labor de dirección de la editorial con la de escritor, así como la colaboración en diversos programas de radio y televisión. Es autor de numerosos artículos y libros. Recientemente ha publicado: *¡Qué ruina de película!* (2008), *El grupo salvaje de Hollywood* (2009) y *Audrey. Una princesa en la corte de Hollywood* (2010).



Sofía Loren al comienzo de su carrera (cortesía del autor).

Romilda Villani, una ex reina de belleza, se ganaba la vida tocando el piano en las *trattorias* del puerto de Nápoles, pero también soñaba con Hollywood. No lo tuvo fácil para educar a sus dos hijas, y los años de la guerra fueron terribles para ellas. En el colegio a la pequeña Sofia la llamaban «Miss Stuzzicadente» («Miss Mondadientes») por su frágil silueta, pero según pasaban los años fue adquiriendo las formas que la harían famosa más tarde. Un día resumió así su situación: «De repente dejé de crecer y empecé a desarrollarme en otras direcciones». Notaba que los chicos la miraban, y este detalle le dio la idea de inscribirse en un concurso de belleza.

Romilda intuyó que en la incipiente belleza de su hija estaba la clave para salir de la pobreza, y ya desde su adolescencia le inculcó el deseo de triunfar como actriz y, muy probablemente, la desmedida ambición que después la llevaría por todo el mundo en loor de multitudes. En Nápoles ganó el segundo premio del certamen «Princesa del mar». Dos años después se instaló en Roma esperando su gran oportunidad en el cine.

La muchachita a la que sus vecinos llamaban «Stuzzicadente» sólo tenía dieciséis años cuando, animada por su madre, participó en un casting de figuración para *Quo Vadis* (1951), la superproducción que se estaba rodando en los estudios Cinecittà. Para que la contrataran, Romilda había tenido que mentir sobre su edad y sus conocimientos de inglés, que en realidad eran nulos. Años después, la actriz confesó que había estado dispuesta a todo para colarse en el cine, salvo a operarse de la nariz o arrojarse a los brazos de un productor...

A continuación vino la época de los *fumetti*, esas fotonovelas que hacían furor en los años de la posguerra. También fue modelo de revistas. Ambición no le faltaba. Dio clases de dicción y participó en el concurso de Miss Italia. No ganó, pero sería en ese ambiente donde conocería al hombre de su vida.

En el verano de 1950, Sofia perdió un concurso de belleza que se había organizado en un restaurante de Roma, al pie del Coliseo. Aun así atrajo la atención de un doctor en Derecho que tenía veintidós años más que ella y quince centímetros menos. Carlo Ponti, que ahora trabajaba como productor de cine, se acercó a ella y le dijo: «Me considero un hombre con olfato. Yo descubrí a Gina Lollobrigida y a Alida Valli». La invitó a hacer una prueba al día siguiente. El operador no quedó nada convencido con el aspecto de la joven napolitana. «Demasiado grande, demasiadas caderas, demasiada boca, no tiene barbilla». Pero Carlo estaba seguro de haber descubierto a una estrella.

Ponti alentó la vocación de la aspirante a actriz, le firmó un contrato de siete años, la recomendó a amigos productores y consiguió que interviniera en algunas películas, al principio sólo con frases y poco a poco en papeles de más categoría. Así fue como consiguió el papel protagonista de la versión cinematográfica de *Aida* (1953) —rechazado en primera instancia por Gina Lollobrigida—, un personaje que llevó a otros, escasos de vestuario en su mayoría. A ella no le importó. Estos papeles, mediocres al principio, trazaron el camino hacia *Loro di Napoli* (1955), de

Vittorio de Sica, en la que interpretó a una descarada vendedora de pizzas que le hizo ganarse el sobrenombre de «la piazzola». Fue la película del despegue definitivo.

En la sombra, siempre Carlo Ponti y sus consejos acertados. No es de extrañar que la antigua Sofia Scicolone, la Sofia Lazzaro de la etapa fumetti, Sophia Loren por fin, profesara un agradecimiento eterno al hombre que creyó en ella cuando no era más que una oscura figurante. Pero no sólo de Ponti vivía Loren. El ascenso al estrellato de la actriz debe mucho a las buenas artes directoriales de De Sica, que según confesión propia, le enseñó todo lo que sabe. La serie de películas que rodó a sus órdenes fue modelando su personalidad de napolitana voluptuosa y divertida, una imagen que le iba a hacer excelente servicio hasta los años setenta.

Alta y escultural, con aguileños rasgos faciales, más sensuales que bellos, gruesos labios y un generosísimo busto que conmovía especialmente al varón norteamericano, Loren era el arquetipo de la *maggioratte*, una casta de mujeres que eran espléndidos ejemplares con muchas curvas y los atributos femeninos bien puestos. Era cuestión de tiempo, por tanto, que empezara a competir con Gina Lollobrigida por la atención de los espectadores de ambos lados del Atlántico, estableciéndose una rivalidad que entretuvo bastante al público y la crítica.

Estrella ascendente del *star system* italiano gracias a sus interpretaciones de todo tipo de heroínas populares, Sophia se vio inundada de ofertas de las productoras hollywoodenses. En Europa trabajó con John Wayne en *Arenas de muerte* (*Legend of the Lost*, 1957) y con Cary Grant en *Orgullo y pasión* (*The Pride and the Passion*, 1957). A sus veintidós años, la actriz intimó más de la cuenta con el seductor astro de Hollywood, que le propuso matrimonio. Ponti, viéndose amenazado, tuvo que actuar rápidamente. El productor ya estaba casado en su país, y la ley italiana no contemplaba el divorcio. Así, Sophia y Carlo se casaron en México, en Ciudad Juárez, muy cerca de Estados Unidos, en una ceremonia secreta, el 17 de septiembre de 1957, y aquel día, él le prometió a ella «construir la morada más bella del mundo».

Un mes después, el periódico del Vaticano, «L'osservatore della domenica», denunció este matrimonio al grito de bigamia. Se habló de excomunión de la pareja. El productor llegó a ser objeto de querellas impuestas por particulares. Ponti se enfrentaba a una condena de prisión. La Acción Católica romana llamó a los fieles del mundo a boicotear las películas de Loren. La solución pasaba por anular la boda, pero un periodista había sustraído el certificado de matrimonio. No fue posible encontrar el documento.

Pero la carrera de Sophia no se resintió de este escándalo. En 1958, la joven protegida partió a Hollywood del brazo de su productor, precedida de una gigantesca campaña publicitaria que la anunciaba como la nueva diosa del sexo. En California aprendió a cuidar su figura carnosa, procurando abandonar esa imagen de napolitana guapetona para adquirir una elegancia internacional. La carrera, la ambición, todo esto contaba en la pareja Ponti-Loren...

La actriz se emparejó con William Holden en *La llave* (*The Key*, 1958), con Anthony Perkins en *Deseo bajo los olmos* (*Desire Under the Elms*, 1958), con Anthony

Quinn en *Orquídea negra* (*The Black Orchid*, 1958) y *El pistolero de Cheyenne* (*Heller in Pink Tights*, 1960), de nuevo con Cary Grant en *Cintia* (*Houseboat*, 1958), con Tab Hunter en *Esa clase de mujer* (*That Kind of Woman*, 1959), con Peter Sellers en *La millonaria* (*The Millionairess*, 1960) y con Clark Gable en *Capri* (*It Started in Naples*, 1960). En todas estas cintas fue el contrapunto racial, todo temperamento, de sus formales galanes. Pero los resultados no fueron del todo gratificantes. Hollywood acabó vulgarizando su frescura natural con un buen baño de glamour artificial y, además, su Pigmalión demostró poco criterio a la hora de juzgar el gusto del público anglosajón y elegir proyectos en consecuencia.

Dado que la taquilla no terminaba de aprobar su presencia en el cine estadounidense, Loren volvió a Italia, y el éxito acudió a su llamada. Allí le esperaba el papel de su vida: la madre napolitana abandonada que padece su propia violación y la de su hija en *Dos mujeres* (*La cicociara*, 1960), otra película dirigida por De Sica y producida por Ponti. De manera sorprendente, Sophia mostró a borbotones su —hasta entonces— desconocida madurez interpretativa y un desgarrado registro dramático que pocas divas han logrado superar. Esta tremebunda interpretación fue recompensada con el Oscar a la Mejor Actriz. Su marido la cubrió de joyas.

La pareja encontraba su equilibrio mezclando vida de pareja y trabajo. Carlo se estaba convirtiendo en uno de los productores más influyentes del momento: en Italia produjo a Monicelli, a Comencini, a Rossellini... Y fuera de sus fronteras no se prodigaba menos: coprodujo *Guerra y paz* (*War and Peace*, 1956), de King Vidor, y contribuyó a la emergencia de las «coproducciones valientes», como dijo el crítico Jean-Loup Passet. Financió *El desprecio* (*Le mépris*, 1963), de Jean-Luc Godard; *Léon Morin, sacerdote* (*Léon Morin, prêtre*, de Jean-Pierre Melville, y las obras más señaladas del neorealismo italiano. Y siempre se apañaba para impulsar la carrera internacional de su mujer.

La boda mexicana fue anulada el 31 de agosto de 1962, pero Sophia y Carlo siguieron viviendo en concubinato, convertidos en parias a los ojos del público transalpino. Cuando volvieron a Roma, erraron de casa en casa, nunca iban juntos por la calle y sólo se reunían en los platós y en los aviones.

Cansados de esta clandestinidad, en 1964 se instalaron en París, y al poco tiempo obtuvieron la nacionalidad francesa. La pareja adoptó un gato al que bautizaron como «Pompidou». Y por fin, el 9 de abril de 1966, a las 10:15 horas, Sophia Loren y Carlo Ponti se casaron por segunda vez, y en la más estricta intimidad, en el salón del ayuntamiento de Sèvres, cerca de París. El camino hacia esta boda había sido muy largo. Y para recompensar la espera, Carlo le regaló a Sophia las llaves de Villa Sara, una casa en Italia.

Mientras tanto, Loren no paraba de trabajar, alternando las producciones autóctonas con los proyectos internacionales. Así, la vimos como una improbable y elegantísima Jimena en *El Cid* (1961), toda introspección y sufrimiento, aunque un tanto inhibida por la monumentalidad del proyecto o por el señorío de Charlton Heston. En *Boccaccio 70* (1962) volvió, para nuestra fortuna, al humor bullicioso. Aparecía en el episodio



Sofía Loren (cortesía del autor).

de De Sica, el mejor de los tres (en los otros dos, Visconti dirige a Romy Schneider y Fellini a Anita Ekberg), y en una nueva versión francesa de *Madame Sans-Gêne* (1961), con Robert Hossein en el rol de Napoleón. Por segundo año consecutivo fue elegida Mejor Actriz Extranjera del sondeo anual de «Cinéma».

El Oscar había reinstalado a Loren en su pedestal internacional, pero tres nuevos trabajos en inglés estuvieron a punto de derribarlo de nuevo: *Un abismo entre los dos* (*Le couteau dans la plaie*, 1963), un *thriller* absurdo con Anthony Perkins; *I sequestrati di Altona* (1962), con De Sica maltratando a Sartre, y *La caída del imperio romano* (*The Fall of the Roman Empire*, 1964), donde encabezaba un reparto de relumbrón en la piel de una princesa romana, hija de Alec Guinness. Ponti hizo lo que tenía que hacer: llevarse a Sophia de regreso a Italia y ponerla a trabajar con De Sica y Mastroianni. El resultado fue el esperado. En *Ayer, hoy y mañana* (*Ieri, oggi e domani*, 1963), un filme de tres episodios, interpretó con su encanto habitual tres papeles: mujer napolitana, arrabalera y embarazada, esposa desgraciada de un empresario milanés y prostituta romana. Y en *Matrimonio a la italiana* (*Matrimonio all'italiana*, 1964), basada en la «Filumena» de De Filippo, se encontró con otro papel bombón, una extrovertida y guerrera prostituta napolitana que lleva a Mastroianni al altar al cabo de veinte años. Estos títulos no eran nada del otro mundo, pero llenaron los bolsillos del distribuidor estadounidense Joseph Levine, que se había vuelto muy popular entre el tándem Ponti-Loren después del éxito de *Dos mujeres*.

A partir de ese año sus personajes empezaron a perder interés. *La condesa de Hong Kong* (*A Countess from Hong Kong*, 1967) fue un fracaso total, *La mujer del cura* (*La moglie del prete*, 1970) sólo un éxito testimonial, y más vale no insistir en el desastre que fue *El hombre de La Mancha* (*Man of La Mancha*, 1972). Era innegable que decaía su popularidad. En el plano personal, Sophia estaba obsesionada con una idea: convertirse en madre. Dos abortos espontáneos parecían haber apartado de su alcance este deseo. En el mes de diciembre de 1968, sin embargo, después de varios meses de reposo absoluto, la actriz trajo al mundo al pequeño Carlo, en Ginebra. Casi quinientos periodistas y fotógrafos cubrieron el acontecimiento. Cinco años después dio a luz a su segundo hijo, Eduardo. Sophia era una mujer empecinada. La prueba, esta frase dirigida a la prensa: «Todas las historias de mi vida han empezado con 'un buen día decidí...'».

En 1970, Loren recuperó a la italiana exuberante y un pelín ordinaria en *Los girasoles* (*I girasoli*), pero desde entonces su carrera empezó a languidecer. Los proyectos de calidad escaseaban, sus personajes empezaban a perder interés y sus apariciones eran cada vez más rutinarias, aunque todavía se reservaba alguna interpretación de altura. El cine pasó entonces al segundo plano, para dejar espacio a la vida personal. Nació el segundo hijo del matrimonio Ponti. Los gustos estaban cambiando, y también el clima cinematográfico. Loren hizo incluso algunas películas que no se estrenaron fuera de Italia. Estaba viviendo el eclipse que ya había apagado el fulgor de la mujer que había sido su rival: Gina Lollobrigida.

Pero nadie podía negar que Sophia Loren era una gran actriz, una intérprete de perfil excepcional. Lo demostró en *Una jornada particular* (*Una giornata particolare*, 1977), de Ettore Scola, con Marcello Mastroianni. Nunca estuvo mejor que en los rasgos de esta mujer del pueblo que se marchita en la mediocridad de su vida cotidiana y que se aferra al último rayo de esperanza que atraviesa su existencia. La madurez plena de la intérprete, la absoluta ausencia de coquetería de su composición, confieren un relieve extraordinario al personaje. *Dos mujeres* fue un *tour de force* dramático, pero en *Una jornada particular* Sophia conmueve hasta el final. Estaba de nuevo en órbita, pero seguía obsesionada por el bienestar de los suyos.

De Sica, gran amigo de la actriz, dijo que conocía todos los resortes de su talento: «De todas las mujeres con las que he trabajado, ella es la más equilibrada del mundo, y además tiene una sinceridad absoluta en todo lo que emprende». No le faltaba razón. Loren nunca dejó de luchar por mejorar su técnica interpretativa, incorporó nacionalidades de todas clases y con su perseverancia logró ir ganándose a la crítica. Su belleza, su gracioso inglés, su sentido del humor y la buena voluntad demostrada en todos los géneros, se encargaron de abrirle el corazón de espectadores y espectadoras por igual.

A principios de los años ochenta, el fisco italiano investigó las cuentas de Carlo Ponti. La pareja debía el equivalente de varios cientos de miles de euros al Estado y podía ir a la cárcel. Para saldar esta deuda el matrimonio vio embargada su Villa Sara, junto a todos los Picasso, Braque y Canaletto que albergaba la mansión.

Loren y Ponti vivían a caballo entre Ginebra, Nueva York y Miami. Carlo murió en la noche del 9 al 10 de enero de 2007, a los noventa y cuatro años. Fue enterrado en la capilla de la familia, en Magenta, Lombardía. Había producido 140 películas, entre ellas *La strada* (1954), *Dos mujeres* y *Doctor Zhivago* (1965). Y había revelado al mundo a una de las grandes estrellas del cine y una de sus mujeres más guapas, una belleza singular que también soñaba con ser la más respetable de las madres.